# DE ESPALDAS A DIOS

GUÍA DE DISCERNIMIENTO PARA LA NUEVA ERA,
EL YOGA Y OTRAS ESPIRITUALIDADES POSMODERNAS



P. GUSTAVO LOMBARDO, IVE

P. Gustavo Lombardo, IVE

# De espaldas a Dios

*Guía de discernimiento para la Nueva Era,*
*el yoga y otras espiritualidades posmodernas*

---

Capítulo 1

## La Verdad

Fragmento del libro *De espaldas a Dios*
Voz Católica Ediciones

# Capítulo 1 – La Verdad

*Estoy convencido de que esta resignación*
*ante la verdad es el núcleo de la crisis de Occidente.*
—Benedicto XVI[12]

## I. ¿Qué es la verdad?

Hay cosas que hay que tomar en serio, con las cuales no se juega porque, si bien no son en estricto sentido sagradas, están íntimamente relacionadas con lo sagrado. Una de esas cosas es la verdad. Con la verdad no se juega y es un mal signo el que una persona con vida espiritual seria juegue con la verdad, sea acostumbrándose a hacer bromas con la mentira, o acomodando su manera de hablar según las circunstancias (cambiando cuando no conviene, callando cuando habría que hablar…). Nuestro Señor enseñó: *«Que vuestra palabra sea sí, sí; no, no»* (Mt 5,37).

Ahora sí, adentrándonos a la parte doctrinal que nos toca en cuestión, si bien algo diremos sobre la existencia de la verdad, ese no será el punto principal; libros hay y muy buenos sobre el tema[13]. Quien niega la existencia de la verdad sostiene un absurdo en sí mismo, porque justamente se trata de pre-

---

[12] Benedicto XVI, Homilía durante la Santa Misa en la Plaza del Santuario de Mariazell (Austria, 8 de septiembre de 2007).

[13] Se ofrece a continuación una lista con bibliografía recomendada sobre este tema:

- San Juan Pablo II, *Fides et Ratio,* (Encíclica), Libreria Editrice Vaticana Ciudad del Vaticano 1998. La obra es fundamental para quienes desean entender la visión de la Iglesia sobre el papel de la verdad en la vida humana.

- Cornelio Fabro. *L'Assoluto nell'Esistenzialismo (Cornelio Fabro - Opere Complete Vol. 11),* Edizioni Studio Domenicano, Roma 2010. En el pri-

sentar una verdad, afirmando todo lo contrario: «no existe la verdad» ya pretende ser una verdad. Lo mismo se podría decir de la afirmación «cada uno tiene *su verdad*», que es lo mismo que decir que *la verdad* no existe (la verdad y *su verdad* no son compatibles); otra vez, entonces, es afirmar que no hay verdad, intentando decir una verdad.

Filosofemos un poco. La verdad tiene una relación directa con la realidad, con el ser de las cosas[14], es más, se identifica con ella. No es la verdad más que el ser de las cosas –la realidad– en relación con el entendimiento[15], como el bien es el ser de las cosas en relación con la voluntad[16]. Para decirlo de otro modo: el ser en relación con la voluntad se denomina *bien* y en relación con el intelecto se denomina *verdad*.

Esta relación del ser con la verdad determina que las cosas mientras más perfectas sean, es decir, mientras más ser posean, más verdaderas serán; citando a Aristóteles dirá Santo Tomás: «las cosas que son máximamente verdaderas son máximamente entes»[17]. De ahí que Dios, que es el mismo Ser

---

mer capítulo de esta obra, Fabro se dedica al estudio de la verdad y el Absoluto en el marco de la metafísica contemporánea.

- Antonio Millán Puelles. *El interés por la Verdad, Obras completas, Vol. X,* Ed. Asociación de Filosofía y Ciencia Contemporánea, Madrid 1997, Versión digital, 203-420.

- Miguel Ángel Fuentes, IVE. *Las verdades robadas,* Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael 2019. El P. Fuentes ofrece una bibliografía ampliada para quienes buscan profundizar en el tema (ver p. 345 de esa obra).

- Leonardo Castellani, *San Agustín y nosotros,* Editorial Vórtice, Jauja 2021[2]. Cf. especialmente el sexto capítulo.

[14] Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Iª q. 16 a. 4.

[15] «La cosa, en relación al intelecto, según lo que es, se dice verdadera» *Ibid*., Iª q. 17 a. 1 ad 1.

[16] «El bien, que es el objeto de la voluntad, está en las cosas», Cf. *Ibid*., q. 82, a 3.

[17] *Ibid*., q. 2 a. 3.

subsistente, «es la primera y suma verdad»[18]. Por esto, en última instancia, es tan importante vigilar acerca de qué entendemos o cómo «tratamos» a la verdad, por su tan estrecha relación con Dios; negar la verdad es de algún modo negar a Dios.

El hombre moderno, al afirmar que no existe la verdad cree haber superado la supuesta ignorancia oscurantista del cristianismo medieval. Más allá de la falsedad que esto trae consigo, al menos debería saber que ya los griegos hablaban de verdad, con todas las letras[19]; y esto mucho antes de Cristo, por ende, de todo cristianismo.

Tan claro tenían el valor de la verdad, que una vez le preguntaron a Aristóteles: «¿En qué se diferencian los sabios de los ignorantes?». «Como los vivos de los muertos –contestó– porque la Verdad es la Vida»[20]. Incluso al mismo Sócrates se le puede llamar *mártir de la verdad*, porque fue condenado a muerte por defenderla contra los sofistas, los grandes embaucadores de la época. Es que sin duda vale la pena morir por la verdad.

La verdad es luz, contra toda tiniebla; es claridad, contra toda oscuridad; es donde descansa el entendimiento, contra toda turbación; es la realidad, contra toda apariencia; es el ser, contra toda nada; la verdad es el bien, contra toda maldad; es la belleza, contra toda fealdad; es la unidad, contra toda división; la verdad es amor, contra toda forma de odio; es la nobleza, contra toda vileza; y así podríamos seguir, porque la verdad es proporción, es armonía, es refrigerio, es plenitud…

La verdad tiene tanto valor que Alexander Solzhenitsyn escribió, como corolario del discurso que no pudo pronunciar

---

[18] *Ibid*., q. 16 a. 5.

[19] La palabra «filosofía» procede del griego *philosophía*, compuesta por *phílos*, «amor» y *sophía*, «sabiduría»; significa, por tanto, literalmente «amor por la sabiduría», es decir, amor por la verdad, porque no hay verdadero saber sin verdad.

[20] Leonardo Castellani; *San Agustín y nosotros*, 109.

al recibir el Premio Nobel: «una palabra de verdad pesa más que el mundo»[21].

La verdad tiene una fuerza irresistible, como decía el entonces cardenal Ratzinger: «la verdad no se impone de otra manera sino por la fuerza de la verdad misma, que penetra suave y fuertemente en las almas»[22].

Tan trascendente es la verdad para el hombre que Juan Pablo II llegó a afirmar que «se puede definir, pues, al hombre, como aquél que busca la verdad»[23]. Por eso, sentenciaba el apóstol de Andalucía: «quien merece que le oigan, la verdad sola es»[24].Y si merecen que la oigan, ya, de algún modo, la estamos personificando.

Nos enseñaba Ratzinger que «por su propia naturaleza la Verdad quiere comunicarse, porque el hombre ha sido creado para percibir la verdad y desea en lo más profundo de sí mismo conocerla para encontrarse en ella y descubrir allí su salvación (cf. 1 Tm 2, 4)»[25].

Uniendo todo esto que venimos diciendo, y agregando si se quiere indefinidamente más y más adjetivos, consideraciones, ponderaciones y encumbramientos, por encima (y muy por encima), repitamos –porque no debemos cansarnos nunca de hacerlo– que LA VERDAD ES JESUCRISTO, el Logos, la Palabra, el Verbo eterno encarnado, Dios hecho hombre: *«Yo soy el Camino,* LA VERDAD *y la Vida»* (Jn 14,6). Por eso dirá San Juan en su carta: *«Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna»* (1 Jn 5,20).

---

[21] Citado en JOSÉ MIGUEL ARMENDÁRIZ AZCARATE, *Solzhenitsyn: El dedo en la llaga. Occidente y la unión soviética sufren el mismo mal.* Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile 1987, 25.

[22] JOSEPH RATZINGER, CONGREGACIÓN DE LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum Veritatis sobre la vocación eclesial del teólogo*, 24 de mayo de 1990, n. 36.

[23] SAN JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, n. 28.

[24] SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, cap. 31.

[25] CONGREGACIÓN DE LA DOCTRINA DE LA FE, *Donum Veritatis*, n. 7.

Por eso, por ser Jesús La Verdad, lo es todo; como afirma San Luis María Grignion de Montfort:

> Él es el único *Maestro* que debe enseñarnos, el único *Señor* de quien debemos depender, la única *Cabeza* a la que debemos estar unidos, el único *Modelo* a quien debemos conformarnos, el único *Médico* que debe curarnos, el único *Pastor* que debe apacentarnos, el único *Camino* que debe conducirnos, la única *Verdad* que debemos creer, la única *Vida* que debe vivificarnos y el único *Todo* que en todo debe bastarnos. No se ha dado a los hombres sobre la tierra otro Nombre por el cual podamos ser salvados, sino el de Jesús[26].

## II. El amor a la verdad y su defensa

La verdad existe, pero… ¿se puede encontrar? ¡Claro que sí! Con una condición, que nos trae San Agustín: «Si no se desean con toda la energía del alma, el conocimiento y la verdad no pueden ser hallados. Pero si se buscan dignamente, no se esconden a sus amantes»[27].

Incluso, en el hipotético caso de que alguien ame la verdad y por las circunstancias de la vida –impedimentos internos o externos– no logre encontrarla totalmente, ya ese amor lo salvaría. San Pablo habla de que el Impío, el Anticristo, seducirá con toda clase de artilugios *«a los que se han de condenar por no haber aceptado* el amor de la verdad *que les hubiera salvado»* (2 Tes 2,10).

---

[26] San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, ICTION, Buenos Aires 1981, 41 (n. 61). Las cursivas son nuestras.

[27] Mons. Straubinger cita de este modo a San Agustín en su comentario en nota al pie de Jn 18,38.

¿Amamos la verdad? Una buena manera de medir este amor es corroborando el aborrecimiento que tenemos por el error. Como afirma Ernest Hello[28]:

> Quienquiera que ama la verdad aborrece el error y este aborrecimiento del error es la piedra de toque mediante la cual se reconoce el amor a la verdad. Si no amas la verdad, podrás decir que la amas e incluso hacerlo creer a los demás; pero puedes estar seguro de que, en ese caso, carecerás de horror hacia lo que es falso, y por esta señal se reconocerá que no amas la verdad[29].

El amor a la verdad, especialmente la que tiene que ver con Dios, nuestro fin último y nuestra salvación, nos llevará a hacer todo lo posible por transmitirla, por cuidar su pureza no sólo para nosotros, sino también para los demás. Esto es así desde un punto de vista filosófico, puesto que «el bien es difusivo de sí», y también desde una mirada más teológica: *«Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas»* (Mt 7,12). Y no hay mayor bien que enseñar la verdad, de ahí el lema agustiniano: «la mayor Caridad es la Verdad»[30].

Justamente por eso no es inocuo callar la verdad, o tergiversarla, o «acomodarla», o cambiarla. Decía el P. Bower: «Mutilar la verdad divina es un sacrilegio, disimularla es una cobardía y sustituirla por otra es una apostasía»[31].

---

[28] Ernest Hello (1828-1885), filósofo y ensayista francés en cuyas obras, dirá el gran Cardenal Mercier, «se hallan algunos rasgos de genio». Cf. D. J. Mercier, *La vida interior, llamamiento a las almas sacerdotales*, Editorial Políglota, Barcelona 1940, 12.

[29] Citado en A. Sáenz, S.I., *Siete virtudes olvidadas*, Buenos Aires, Gladius 2005, 142.

[30] Traído por C. Sacheri, prólogo a J. Meinvielle, *De la Cábala al Progresismo*, Editrice del Verbo Encarnato, Segni (Rm) 2013³, 13.

[31] José M. Bower, S.I., «Revista Estudios», Buenos Aires, octubre 1928.

Es más, así como el que ama la verdad aborrece el error, así también quien la ama y busca transmitirla, hará todo lo posible para combatir el error[32]; como enseña el Angélico:

> A un mismo sujeto pertenece aceptar uno de los contrarios y rechazar el otro; como sucede con la medicina, que sana y combate la enfermedad. Luego, así como propio del sabio es contemplar, principalmente, la verdad del primer principio [Dios] y juzgar de las otras verdades, así también le es propio impugnar la falsedad contraria[33].

A lo cual podemos agregar esto de San Agustín:

> Ama a las personas que están equivocadas; pero ¡combate con odio su error! Sin orgullo disfruta de poseer la verdad; ¡lucha por ello con mansedumbre y bondad![34].

Cuando le preguntan a Santo Tomás en Adviento de 1272: «¿deben los religiosos tolerar pacientemente las injurias que se les hacen?», distinguirá el Santo, entre los ataques estrictamente personales, y aquellos en los que queden comprometidos su estado, su concepción de la vida cristiana y la enseñanza de la Iglesia sobre la doctrina. El Aquinate propone para ambos casos el ejemplo tomado de nuestro Señor Jesucristo. En el primero de ellos, se debe estar preparado para sufrir con toda paciencia. En el segundo, cuando es en último término Dios el calumniado y atacado, no se ha de tolerar nada, sino de resistir cuanto como sea posible[35].

Termina el Doctor Común citando a San Juan Crisóstomo, quien afirma:

---

[32] Ya mostraba, por ejemplo, Aristóteles en sus *Refutaciones Sofísticas* que no basta decir solamente la verdad, sino mostrar también la causa de la falsedad.

[33] Santo Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles*, L. 1, cap. 1.

[34] San Agustín, *Contra litteras Petiliani*, 1, 31.

[35] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Opúsculos y cuestiones selectas,* Vol. IV (Teología 2). BAC, Madrid, 2007 374.

> Aprendamos de Él [de Jesús] el ejemplo y suframos con magnanimidad las injurias personales; pero las injurias que son hechas a Dios, ni oídos les prestemos, puesto que es laudable sufrir las propias injurias pacientemente, pero pasar por alto las injurias hechas a Dios es excesivamente impío[36].

Y contra quienes nada hacen en defensa del Señor, Santo Tomás cita la Escritura: *«No habéis escalado a las brechas, no habéis construido una muralla en torno a la casa de Israel»* (Ez 3,15).

## III. Verdad y realidad

Nuestro entendimiento es una potencia espiritual; junto con la voluntad son las dos potencias que emanan directamente del alma. Podemos decir que la inteligencia es «el alma entendiendo», conociendo las cosas, trayéndolas a sí misma, y la voluntad es «el alma queriendo», es decir, tendiendo a las cosas que están fuera de ella, pero que conoce por medio de la inteligencia.

Decíamos más arriba que la verdad tiene una relación directa con la realidad, con el ser las cosas. El objeto del conocimiento es, dirá Santo Tomás, «la razón universal del ser»[37]. Conocemos cosas que *son*, que *existen*, que tienen ser, o sea, conocemos los *entes* en el sentido metafísico[38] de la palabra.

Este conocimiento se da por medio de los sentidos externos e internos y, por tanto, utilizamos nuestra corporeidad para poder conocer. Pero –y esto no es poco importante– propia-

---

[36] Santo Tomás de Aquino, *Quodlibetales*, ed. Leonina XXV/2, 392; V q. 13 a. 1.

[37] Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 79, a. 7.

[38] Entiendo *metafísica* no en el sentido que le da la Nueva era sino como aquella parte de la filosofía que está más allá de la física (que en filosofía sería *cosmología*), es decir la filosofía en lo que tiene de más profundo y trascendente, que busca explicar las últimas nociones y causas del ser; que estudia el ser en cuanto ser.

mente el conocimiento humano es de orden racional, es decir, espiritual. Por el proceso de *abstracción*, los datos que recogen nuestros sentidos pasan de un plano material-particular, a un plano universal-espiritual; al resultado de este *paso* se le llama en filosofía *concepto*.

Cuando conocemos tenemos un concepto (una idea) de las cosas en nuestra inteligencia. Sabemos qué es una *piedra* o un *hombre* porque tenemos un concepto de *piedra* y de *hombre* en nosotros. Y una de las pruebas de que este concepto es racional-espiritual es que, si intentamos pensar, por ejemplo, en un ser humano, no hace falta que imaginemos uno concreto (con una altura determinada, varón o mujer, etc.) sino que evocamos una idea (un concepto) universal, aplicable a cualquier ser humano que podamos llegar a conocer o que hayamos conocido.

¿Por qué todas estas aclaraciones? Porque dada la relación de la inteligencia con la realidad –tenemos la inteligencia para conocer la realidad, y por medio de ella a Dios–; y dado, entonces, que la verdad no es otra cosa que la realidad en relación con el entendimiento, una manera de devastar la inteligencia, de no darle el «alimento» propio que la fortifica, es cortándola, separándola, de la realidad.

Pero –nos preguntamos– ¿a alguna mente sana se le puede ocurrir semejante cosa? Sí… y quien lo hizo y cómo lo hizo ha cobrado tanta popularidad en nuestra historia, que su frase célebre te sonará muy conocida. Lo paradójico es que él inaugura el *racionalismo*, es decir el «encumbramiento» de la razón por encima de todo.

Ya lo habrás imaginado, estamos hablando de René Descartes. Juan Pablo Magno, haciendo alusión al filósofo francés, hablaba de lo «*puramente racionalista, que es propio de la filosofía moderna*, cuya historia se inicia con quien, por así decirlo,

desgajó el pensar del existir y lo identificó con la razón misma: *Cogito, ergo sum* ("Pienso, luego existo")»[39].

Así, separando la inteligencia de lo real, no se conocería algo objetivo, que está fuera de nosotros, sino que el pensar tendría su inicio –y en cierta manera ahí se quedaría– en lo interior, en lo subjetivo, en nosotros mismos.

Cuatro siglos después, llegamos al tiempo en el que «no existen hechos, solo interpretaciones»[40]; vivimos en la era *posfáctica*, en la que ha surgido «una *apatía hacia la realidad*, e incluso una *anestesia para la realidad*, donde la realidad incluso sucumbe al simulacro»[41].

Y lo más terrible es que ese cortar con lo real, ese separar la razón de la realidad, ese desgajar el *pensar* del *existir* (propiamente del *ser*, del «*esse*» en latín) es la raíz del ateísmo moderno, de ese «dar las espaldas a Dios». Volveremos a ello, pero citemos una vez más al Papa polaco:

> ¡Qué distinta es la postura de santo Tomás, para quien *no es el pensamiento el que decide la existencia, sino que es la existencia*, el esse, *lo que decide el pensar!* Pienso del modo que pienso porque soy el que soy –es decir, una criatura– y porque Él es El que es, es decir, el *absoluto Misterio increado*[42].

## IV. La posverdad

Una vez separada la razón de la realidad, y siendo la verdad, como dijimos, esa misma realidad en relación con la razón, no

---

[39] San Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994, 57-58.

[40] A. Laje, *Generación idiota*: *Una crítica al adolescentrismo*, HarperEnfoque; Ciudad de México 2023(Kindle), (Cap. 2, II).

[41] J. Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona 2016. Citado en *Ibid*.

[42] San Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, 57-58.

hay lugar, entonces, para verdad alguna. Se habla, entonces, de la «posverdad», como una superación, como un avance.

Sugestivo es que, a esa palabra *posverdad*, en el año 2016 el diccionario de la Universidad de Oxford –un diccionario anual– la coronó como «palabra del año». Y más allá de la descripción del término con relación a las «*fake-news*» («noticias falsas»), y también más allá de ciertos trasfondos políticos que pueda haber en la designación, no deja de ser algo muy descriptivo de los tiempos que corren.

Según este diccionario, el término se vincula con la Guerra del Golfo y aparece en un artículo publicado en 1992 en la revista *The Nation*, escrito por el dramaturgo serbio-estadounidense Steve Tesich. En dicho texto, Tesich afirmaba que «nosotros, como pueblo libre, hemos decidido libremente que queremos vivir en una especie de mundo de la posverdad», es decir, un mundo en el que la verdad ha dejado de ser importante o relevante[43].

Con frecuencia se pone un cuidado excesivo en nutrir el cuerpo con aquello que le resulta beneficioso, cuando en realidad el cuerpo es la parte menos importante de nuestro «ser humano» y, tarde o temprano, acabará reducido a cenizas. En cambio, cabe preguntarse: ¿con qué alimentamos nuestra alma, que es eterna?

Porque, en definitiva, el alma también tiene inclinaciones, necesidades y un alimento propio, del mismo modo que el cuerpo. Dado que el cuerpo es material y perceptible por los sentidos, resulta más fácil no equivocarse al darle lo que le hace bien, al menos en términos generales. Sin embargo, el bien del alma en cuanto a la inteligencia –es decir, la verdad– no es algo físico: aunque se identifica con la realidad misma,

---

[43] S. Tesich, «A government of lies». *The Nation Company* 1992. Recuperado en The Free Library: https://www.thefreelibrary.com/A+government+of+lies.-a011665982 [Consultado el 09-01-2026].

lo es en relación con el entendimiento, y esa relación no se percibe con los ojos ni se siente en la piel.

Por ello sucede que, en ocasiones, alimentamos nuestro entendimiento con el error –o permitimos que eso ocurra con nuestros hijos– sin preocuparnos en absoluto, o solo de manera muy superficial. Y las consecuencias no son una simple indigestión ni siquiera la muerte corporal, sino males mucho más graves: la ausencia de una verdadera plenitud en esta vida y el riesgo de la condenación eterna.

Ante nuestros ojos –quizás sin verlo– se está forjando una «generación idiota»[44] y la tecnología –que podría ser una gran ayuda para alcanzar la verdad– está colaborando en el proceso de «idiotización»… y esto no por accidente[45].

Creemos que hemos evolucionado y somos cada vez más ignorantes, pero eso sí, con un teléfono inteligente cada vez más potente en nuestras manos y con una «inteligencia» artificial que «piensa» por nosotros.

Y quizás una de las cosas que más ignoramos sea en lo referente a quiénes somos. En los colegios a los niños se les enseña que pueden «elegir» si *ser* niños o niñas… ¿Se puede llegar a una deformación mayor de la inteligencia? También este fenómeno llegó a los cines ya hace años: en el 2006 se estrenó «Idiocracia» una sátira que muestra a qué grado de idiotez llegaría la humanidad en el 2505, de seguir los derroteros que transita.

## V. El combate a la razón

Valga lo dicho con respecto al tema de la verdad. Ahora bien, también a nuestra capacidad de razonar se la limita grandemente, entre otros modos, cuando al mencionarla se hace referencia a «nuestro cerebro», como si todo terminase allí,

---

[44] Cf. A. Laje, *Generación idiota*.

[45] Cf. M. Desmurget, *La fábrica de cretinos digitales: Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*, Ed. Península 2020.

como si lo que nos distinguiera de los demás animales fuera un poco más de materia gris en nuestros cráneos[46].

Hemos llegado a estas instancias después de un largo proceso y habría mucho que tener en cuenta, pero digamos, al menos, que todo pasa por darle las espaldas a Dios.

Ya dijimos, citando a Santo Tomás, que Él (Dios) es la suma y primera verdad; por tanto, rechazarlo no puede ser inocuo para nuestra inteligencia. Además, verdad y bien confluyen, se identifican, y en Dios esto se da de manera máxima: Él es la suma verdad y el sumo bien. Si no afirmamos la existencia de Dios, nos quedamos sin la mayor de las *verdades* que debíamos conocer y sin el mayor de los *bienes* que debíamos procurar. Por eso decía el Papa Benedicto XVI: «El *bien* primero y esencial del que tiene necesidad el hombre es la cercanía de Dios mismo»[47]. Y hablando puntualmente del hombre, su predecesor afirmaba: «No se puede pensar adecuadamente sobre el hombre sin hacer referencia constitutiva para él, a Dios»[48].

Los antiguos griegos, como ya dijimos, eran «un poco» más inteligentes que los habitantes del mundo moderno y aceptaban que existe la verdad; de ahí que también, haciendo buen uso de la razón, aceptaran la idea de un Dios, afirmando, ya desde Heráclito (s. VI a. C.), la existencia de una *Razón-Logos* eterna, inmutable. Asimismo, sostenían que el ser humano,

---

[46] Es muy propio de la Nueva Era darle excesiva importancia al cerebro, lo cual puede observarse fácilmente en el libro que se ha dado a llamar «La Biblia de la N. E.»: *La conspiración de Acuario,* Kairos, Barcelona 1985², 448. El título original, *The Aquarian Conspiracy, Personal and social transformation in the 1980s,* publicado en 1980, es un *best seller* y está traducido a ocho idiomas. La autora, Marilyn Ferguson, en 1971, publicó *La revolución del cerebro,* totalmente dedicado a este tema.

[47] Benedicto XVI; *Homilía en la Capilla Papal para la ordenación episcopal de cinco sacerdotes*, Fiesta del Dulce Nombre de María (12 de septiembre de 2009) *L'Osservatore Romano* del 18 de septiembre de 2009, pág. 6-7. Las cursivas son nuestras.

[48] San Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza,* 56.

compuesto de cuerpo y alma –esta última de naturaleza espiritual–, procedía «de lo celeste», del *Logos*, y no como una simple emanación del cuerpo. Es decir, no reducían la inteligencia humana a lo puramente cerebral o material. Vemos, entonces, cómo tenían una idea clara de Dios –al menos mucho más clara de lo que «se ve» en nuestros días– y, de ahí, también una idea más clara acerca del hombre.

Pero, para hablar de cómo entendiendo bien a Dios entendemos mucho mejor al hombre y sus capacidades –puntualmente en lo que nos toca, en lo referente a la razón– saltemos varios siglos, y vayamos a la cumbre del pensamiento judeo-cristiano y greco-romano. Que hable el ya citado Doctor Común (es decir, el especialista en todos los temas teológicos), Santo Tomás de Aquino[49].

Para él –es decir para todo verdadero católico– la razón, la inteligencia, esa facultad que poseemos por tener un alma espiritual y que nos hace a imagen y semejanza de Dios, es algo grandioso. Dirá el Aquinate que «la misma luz de la razón natural es cierta participación de la luz divina»[50], y también afirmará: «es muy cierto que nada subsistente es mayor a la mente racional, sino solo Dios»[51].

Y esto es así no sólo en orden a la contemplación de la verdad, objeto propio de la razón, sino también en cuanto al obrar, ya que es ella, la razón, la que debe ordenar nuestros actos. Dieciséis veces en la *Suma Teológica* dirá el Angélico exactamente esta frase (más veces lo dice con otras palabras): «el bien del hombre consiste en obrar según la razón»[52] (literalmente dice «ser» –*esse*– según razón). También enseña cómo

[49] Cabe recordar que también en filosofía Santo Tomás lleva la delantera. Puede leerse con fruto la encíclica *Aeterni Patris. Sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino* del Sumo Pontífice León XIII (4 de agosto de 1879).

[50] Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Iª q. 12 a. 11 ad 3.

[51] *Ibid*., Iª q. 16 a. 6 ad 1.

[52] *Ibid*., IIª-IIae, q. 123 a. 1.

le toca a ella, la razón, ordenar los apetitos de la sensibilidad: «el orden debido es que el apetito [las pasiones] se someta al orden de la razón. Es la razón la que indica qué cosas hay que evitar y cuáles buscar»[53].

Hay un proverbio latino que afirma que la pérdida de la razón es el heraldo de la destrucción. El problema radica en advertir que, cuando se exalta el cerebro, aunque parezca que con él se enaltece también la razón, en realidad ocurre lo contrario. Y es que, si bien la inteligencia se sirve del cerebro para pensar, el acto de pensamiento es puramente espiritual y, por tanto, muy superior a lo que es meramente cerebral.

## VI. Verdad natural y ateísmo

Otra manera de empobrecer enormemente la razón es cuando se deja de lado toda posibilidad de que exista algo que supere nuestro entendimiento, y así se descarta todo lo sobrenatural y a Dios mismo –al menos al Dios verdadero. A esto se lo llama racionalismo, el cual, en el plano filosófico, comenzó –o al menos dio un giro copernicano– con Descartes.

Hay verdades a las cuales podemos acceder directamente con nuestra razón; y no hablo solamente de lo que inmediatamente conocemos sino también de cosas que piden al menos algo de reflexión. Por ejemplo, que Dios existe, es una verdad a la que se puede llegar por la razón, y desde ese punto de vista no hace falta *creerlo*. Hay varias maneras para llegar a este conocimiento, las más conocidas son las famosas «Cinco vías» del conocimiento de Dios, traídas por Santo Tomás en el comienzo de la *Suma Teológica*. En tiempos modernos pueden ayudar también los datos aportados por la ciencia, que vendrían a ser como una explicación de la 5ª vía del Aquinate[54].

---

[53] *Ibid*., IIª-IIae, q. 125 a. 1.

[54] Cf. José Carlos Gonzalez-Hurtado, *Nuevas evidencias científicas de la existencia de Dios*, Voz de Papel, Madrid 2023.

El mundo en el que vivimos ha renegado de Dios de manera explícita, sistemática, organizada y orquestada por el padre de la mentira, Satanás, y este proceso involutivo lleva siglos. Si no fuera así, la existencia de Dios sería lo más sencillo de deducir: existe la creación (cosas bellas, ordenadas, inteligentes, etc.), y no hay efecto sin causa; *ergo*, debe haber un ser superior, al que llamamos «Dios» que sea capaz de crear, ordenar y que sea inteligente –pues nadie da lo que no tiene–, etc. En este sentido, ser ateo no es algo que «se da» de modo «espontáneo»; lo espontáneo es lo contrario, de ahí que sea tan sencillo para un niño aceptar que Dios existe.

Quien fuera probablemente el mayor estudioso y conocedor del fenómeno del ateísmo moderno –y para nosotros[55] el mejor tomista de la historia– el P. Cornelio Fabro, comenta así lo que venimos afirmando:

> El ateísmo teórico, por consiguiente, no puede ser una situación originaria, sino que se explica como un fenómeno reflejo; como la «conclusión» de un determinado proceso racional, que se deduce de ciertas premisas: pertenece a la conciencia refleja, propia de la filosofía o de la ciencia con ropaje de filosofía[56].

Y continúa afirmando un poco más abajo[57]:

> En tal sentido, pudo afirmar un autor antiguo: «Todos los hombres, sin distinción de lenguas o civilizaciones, honran y temen a los dioses; de verdad, no hay un pueblo que sea ateo»[58]. Y ya antes había dicho Aristóteles:

---

[55] No solo hablo a título personal sino de parte de nuestra familia religiosa. Por gracia de Dios, desde hace más de dos décadas estamos encargados de la edición de las Obras Completas del P. Fabro. Para más información, puede consultarse el sitio: https://corneliofabro.org/ [Consultado el 09-01-2026].

[56] C. Fabro, *Drama del hombre y misterio de Dios*, Rialp, Madrid 1977, 49-50.

[57] *Ibid*., 52.

[58] Artemidoro, *Oneirokr*, 9.

> «Todos los hombres tienen la convicción de que existen los dioses»[59]. Afirmaciones que ha reiterado, en nuestros días, basadas en las inducciones de la etnología moderna, G. van der Leeuw: «No existen pueblos sin religión. En los inicios de la historia no hay ninguna forma de ateísmo. La religión se halla siempre y en todas partes»[60].

Es así entonces, que el ateísmo, al que se llega después de un «proceso» (existencial puede ser, pero siempre también «lógico» y «racional»), a nivel de principios es pecaminoso. Por eso dirá el Catecismo de la Iglesia que «en cuanto rechaza o niega la existencia de Dios, el ateísmo es un pecado contra la virtud de la religión (cf. Rm 1,18)[61]». Y continúa, citando a San Pablo:

> *Pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables* (Rm 1,18-19).

Hay, por tanto, en el ateísmo, un acto voluntario contra la luz de la inteligencia; por eso afirma el salmista: «*Dice el necio en su corazón: No hay Dios*» (Sal 14,1). Mons. Straubinger comenta:

> El ateísmo es fruto de la falta de rectitud (Hab 2,4; Jn 319-21). El *necio* o insensato es en el lenguaje bíblico

---

[59] Aristóteles, *De coelo et mundo,* I, 3, 270 b, 5; edic. W. K. C. Guthrie, Londres 1945.

[60] G. van der Leeuw: *Phänomenologie der Religion,* J.C.B. MOHR (Paul Siebeck), Tübingen 1935, 570.

[61] *CCE,* n. 2125. Citraremos siempre el Catecismo como *Catechismus Catholicae Ecclesiae* (abreviado CCE), ya que este es su título oficial en latín y permite distinguirlo con mayor claridad de la sigla CIC en castellano, que se utiliza comúnmente para referirse al Código de Derecho Canónico, cuyo título latino es *Codex Iuris Canonici*.

> el impío que no piensa en la Providencia de Dios, ni en la sanción del pecado, porque nunca se concentra en sí mismo y vive siempre extravertido, mareado por la fascinación de lo fugaz.

Y aunque nos adelantemos un poco al punto siguiente, vale la pena tener presente que la beligerancia del ateísmo actual procede del rechazo a la revelación; como dirá el P. Fabro:

> El ateísmo, tras la aparición del Cristianismo que elevó al hombre al estado de hijo adoptivo de Dios, tiene un significado teológico desconocido en la Antigüedad[62], porque incluye el rechazo de la propia salvación que generosamente se le garantiza y ofrece[63].

Esto es lo que se respira en el ambiente social que se vive en Occidente; a tal punto que dirá el Concilio Vaticano II que «el ateísmo debe ser considerado entre los problemas más graves de esta época»[64].

Dado entonces el momento crítico en que estamos, no todo ateo sí o sí está cometiendo un pecado, o al menos no un pecado grave. El Catecismo dirá: «La imputabilidad de esta falta puede quedar ampliamente disminuida en virtud de las intenciones y de las circunstancias»[65]. Así las cosas, los factores que condicionan al hombre moderno en cuanto al conocimiento de Dios, hacen necesaria una intervención de la gracia para que no caiga en el ateísmo; comenta al respecto el P. Fabro:

---

[62] Dirá el P. Fabro sobre el ateísmo en la antigüedad: «se ha descubierto que las formas más primitivas de la religión son estrictamente monoteístas, de modo que el politeísmo es un fenómeno degenerativo del monoteísmo originario, y las posiciones individuales de ateísmo no aparecen genéticamente, sino como formas de reacción frente a los absurdos e inconveniencias de las confesiones y prácticas politeístas» (C. Fabro, *Drama del hombre y misterio de Dios*, 51).

[63] *Ibid*., 9.

[64] Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral* Gaudium et spes *sobre la Iglesia en el mundo actual*, n. 19, §1.

[65] *CCE*, n. 2125.

> La posibilidad del ateísmo teórico se hace más o menos real y plausible, según se verifiquen o no ciertas condiciones ambientales y culturales que el teólogo debe considerar en cada caso: tales condiciones, en el contexto concreto de la existencia, no parece que puedan superarse sino mediante una especial intervención de la gracia divina, la cual, de acuerdo con la doctrina católica, no puede faltar a *quien busca sinceramente la verdad*[66].

Esa búsqueda de la verdad es lo mismo que «el amor a la verdad» al cual hacíamos referencia más arriba.

## VII. Verdad sobrenatural y la revelación

Después del pecado original nuestra inteligencia, sin dejar de ser lo que es, ha quedado con muchas dificultades para conocer la verdad. Es por esto por lo que Dios, en su amor y condescendencia paternal para con el hombre, se dignó revelarse, darse a conocer, tanto a Él mismo como todas las cosas necesarias para que el hombre alcance la salvación.

En cuanto a nuestra debilidad para conocer la verdad, además de la propia experiencia, podemos traer a colación este texto del libro de la Sabiduría:

> *Inseguros son los pensamientos de los mortales, e inciertas nuestras providencias. El cuerpo corruptible agrava al alma, y la morada terrestre deprime la mente, ocupada en muchas cosas. Difícilmente llegamos a formarnos un concepto de las cosas de la tierra; y a duras penas entendemos lo que tenemos delante. ¿Quién podrá, pues, investigar lo que está en el cielo? Y ¿quién podrá conocer tu voluntad, si Tú no le das la sabiduría y no envías desde lo más alto tu santo Espíritu, con que sean enderezados los caminos de los moradores de la tierra, y aprendan los hombres lo que te place?* (Sab 9,14-17).

---

[66] C. Fabro, *Drama del hombre y misterio de Dios*, 50. Las cursivas son nuestras.

Y en cuanto a la condescendencia paternal de Dios en el hecho de darse a conocer, si bien la revelación comenzó con Abrahán, todo, absolutamente, está ordenado a Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, culmen y sentido último de la revelación. Por eso dirá Santo Tomás:

> Para que el hombre tuviera un conocimiento certísimo de la verdad de la fe, fue conveniente que el mismo Dios hecho hombre le instruyera, y al modo humano recibiera la instrucción divina. Que es lo que dice San Juan: «*A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado*» (Jn 1,18); «*Entonces Pilato le dijo: "¿Luego tú eres rey?", respondió Jesús: "Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz"*» (Jn 18,37). Lo cual demuestra que, después de la Encarnación de Cristo, los hombres están instruidos de un modo más claro y seguro sobre el conocimiento de Dios…[67].

Por tanto, Dios, en Cristo, nos ha dado a conocer las verdades necesarias para nuestra salvación. Tanto *verdades sobrenaturales*, es decir, aquellas que de ninguna manera hubiésemos llegado a descubrir por las fuerzas de nuestra propia razón, como por ejemplo el misterio de la Santísima Trinidad y de la Encarnación; como *verdades naturales*, necesarias para nuestra salvación, pero a las que podemos llegar por nuestra razón, como la existencia de Dios, de nuestra alma espiritual, etc.

¿Por qué revelar verdades a las cuales puede llegar la razón humana? La respuesta, con diáfana claridad, la tiene otra vez el Angélico:

> En cuanto a las cosas que acerca de Dios puede llegar a conocer la razón humana, fue necesario que el hombre

[67] Santo Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles*, L IV, cap. 54. Citado en: C. M. Buela, *El Arte del Padre*, Obras Completas 1, Monte Pueyo, Barbastro 2021[4], 115.

> fuese instruido por revelación divina. Porque la verdad sobre Dios sería alcanzada *por pocos, después de mucho tiempo y con mucha mezcla de errores*[68].

De hecho, tenemos en los grandes pensadores griegos, en un Platón o en un Aristóteles, grandes logros en aferrar la verdad, junto con crasos errores. Así, pues, Dios no dejó al hombre a la merced de su propia razón, dado lo trascendental de estos conocimientos para su vida, ya que, como sigue afirmando el Aquinate: «del conocimiento de esa verdad depende toda la salvación del hombre, la cual se encuentra en Dios»[69].

Quizás a simple vista parecería que hemos hecho una contraposición, hablando primero de la grandeza de la razón y luego de su debilidad. Pero con una mirada un poco más en profundidad nos daremos cuenta de que no se trata de ninguna contradicción, sino que intentamos entender las cosas como son, guiados por los que saben.

Aprovechando esto, hago referencia, para terminar este capítulo, al gran daño que se sigue de contraponer cosas que no lo están en la realidad. Habla sobre el tema el P. Buela en una de sus últimas publicaciones, haciendo notar que se trata de una consecuencia de no entender bien el misterio de la Encarnación; así lo refiere:

> El hecho mismo de la unión hipostática[70], es algo que tiene consecuencias enormes sobre la cultura, la civilización, sobre la historia y la vida de los hombres y de los pueblos (…)
>
> Cuando en forma desapasionada y serena nos ponemos a pensar en las circunstancias por las que atravesamos

---

[68] Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Iª q. 1 a. 1. Las cursivas son nuestras.

[69] *Ibid.*

[70] El P. Buela está haciendo referencia a la unión, en la persona –del griego: en *la hypóstasis*–, del Verbo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y la naturaleza humana, en Jesucristo. *N. del A.*

los católicos en los últimos años, no podemos dejar de ver cómo por medio de la dialéctica práctica se nos ha querido envenenar el alma.

¿Qué es la dialéctica práctica?: «...trata en todas las cosas de buscar las contradicciones, las oposiciones, las divisiones»[71], buscando crear «dos polos que se solicitan y contraponen»[72], como los dos brazos de una tenaza, haciéndonos elegir entre dos cosas buenas primero, rechazando a la otra como mala, aunque no lo sea, para llevarnos después a lo perverso.

El ataque a lo sobrenatural es frontal y total. Cuando digo frontal no excluyo que el enemigo pueda utilizar el método de la «aproximación indirecta»[73], sino que quiero decir que no se dará por satisfecho el enemigo hasta la «muerte» de lo sobrenatural.

En rigor no nos matan, nos van matando: insensiblemente, espiritualmente.

De hecho, nos quieren «envenenar el alma»: ¡en forma dosificada! Como el caso de una mujer que envenenó a su esposo con «raticida» durante un tiempo largo dándole todos los días un poco. Lo envenenó de manera dosificada[74].

---

[71] Julio Meinvielle, *Obras*, Dictio, Buenos Aires 331.

[72] *Ibid*., 351.

[73] Cfr. Basilio Enrique Liddell Hart, *Estrategia. La aproximación indirecta*, Círculo Militar, Buenos Aires 1960, 645. (Puede tener su modesta aplicación en pastoral, que es un arte que acepta muchos aportes, volcándola *a lo divino*).

[74] C. M. Buela, *El Arte del Padre*, 228-229. Si bien esta obra está escrita como un legado para la familia religiosa del Verbo Encarnado, recomiendo la lectura a cualquier sacerdote, religioso/a o laico/a deseoso de buena formación. Se trata de la reflexión del autor durante toda su vida en el gran misterio de la Encarnación, rebatiendo los errores propios del progresismo. Abarca temas también filosóficos, que tanto influyen en la teología. Recomiendo no asustarse con la dificultad en la lectura de la «Introduc-

Este envenenamiento principalmente busca alejarnos de Dios. Haciendo la contra, adentrémonos en el más apasionante de los mundos y tratemos de reflexionar sobre el fundamento y fin de toda la creación.

Querido lector, hemos terminado ya el primer capítulo. Espero te haya aclarado algunos conceptos y no haya sido demasiado pesado; es cierto que la filosofía tiene sus dificultades por momentos, pero lo que cuesta tiene su «sabor dulce» porque estamos adentrándonos más y más en la verdad.

¡Gracias por llegar hasta aquí! Y ya te comentaré, más adelante, una regla con respecto a los libros y cuánto leer de ellos.

¡Sigamos ahora con otro gran «tema»!

---

ción» (hasta la p. 35); se trata de un material para seguir profundizando, que tranquilamente se puede leer al terminar el libro. Todo lo demás es muy profundo, actual y puede entenderse sin mayor dificultad.